

D2441

L2

1855

V-3

HISTORIA

LA TURQUIA

DE



FC
DE

82391

HISTORIA

DE

LA TURQUIA

LIBRO DÉCIMO

I

Murad, ó segun el uso, Amurat II, aunque salido apénas de la infancia, era un hombre en la guerra y en la política. Habriase dicho que su padre Mahomet I^o habia tenido el presentimiento de un reinado precoz para aquel hijo, cuando le dió, á la edad de doce años, el mando del ejército que marchaba á com-

III.

1

batir en los Balkanes contra la insurreccion comunista de Bedreddin. De este modo se podria pensar que habia querido familiarizarle desde su niñez con las campañas y las dificultades de reinado que deben superar los soberanos de los hombres. La razon precoz de aquella criatura parecia corresponder tambien con los secretos designios de su padre. Su edad, su figura, su gracia en las conversaciones, su valor impetuoso en el combate, la destreza y la fuerza con que manejaba el arco, el sable y el caballo; su docilidad para seguir los consejos de los guerreros mas experimentados que él, y principalmente los de Bayezid-Bajá, tutor suyo bajo el nombre de su general; por último, esa admiracion mezclada de ternura que inspira siempre á los soldados la vista de un jóven que protegen de corazon mientras le obedecen con el brazo, habian hecho de Amurat II el ídolo de los ejércitos, la esperanza de los pueblos. La majestuosa belleza de su padre que se hallaba representada en rasgos mas afeminados sobre aquel rostro de niño, completaba el prestigio moral por el prestigio fisico. Hijo de un otomano, nieto de una servia, y nacido de una madre circasiana, esposa favorita de Mahomet I, Amurat II confundia en su persona la sangre de esas tres razas, siendo robusto como un otomano, blanco como un servio, esbelto y ligero como un hombre

del Cáucaso. Ningun príncipe parecia mas favorecido por la naturaleza para reinar sobre los ojos de un pueblo que desea ver la frente de sus jefes adornada con la diadema de la naturaleza, la hermosura, y la diadema de la sangre reunidas.

Nadie hasta entónces procuró indagar la causa natural de esa hermosura hereditaria en la familia de Othman y en la familia soberana de Turquía, hermosura que proviene de la renovacion perpetua de esa sangre robustecida de generacion en generacion en el seno de las odaliscas de todas las razas griegas, persas y caucasicas, todas elegidas por el tipo de la elegancia de formas mas perfecta, para el haren del soberano ó de los visires. La poligamia que degrada á la mujer y empobrece á la poblacion, embellece á los hijos de los grandes, por la eleccion selecta de las madres que corrigen las imperfecciones fisionómicas del padre, y comunican á la raza soberana de los otomanos algunos rasgos de las razas escogidas á que debieron ellas mismas su entrada en los serrallos. Contando de sultana en sultana la filiacion de los emperadores actuales de Constantinopla, quizás no se hallaria una madre que no hubiera dado á los hijos de la familia imperial, una gota de sangre extranjera procedente de las razas mas puras del Asia ó de la Europa. Otra causa explica tambien esa frescura

de la sangre y esa gracia del rostro tradicionales, y es que los turcos se casan jóvenes, y así los primogénitos de la raza de Othman participan de la juventud y de la gracia de sus padres cuando apenas han salido estos de la infancia.

II

Amurat II despues de haber atravesado con presteza y sin ser reconocido el largo camino que hay entre Amasia y Brusa, acompañado únicamente por el copero de su padre, llegó á las puertas de Brusa ántes de que se hubiera esparcido la noticia de la muerte del autor de sus días. Ibrahim y Bayezid-Bajá habian llegado ya con lo mas escogido del ejército y le esperaban para coronarlo. Además los genízaros informados por aquellos del fin de Mahomet I^o y con ánimo de aclamar á su hijo, salieron al encuentro del jóven sultan, y entraron con él en triunfo en la capital. Entónces descubrieron el féretro de Mahomet I^o que durante el camino habia sido objeto, en su litera, de los mismos respetos que si el soberano hu-

biera estado vivo entre aquellas cortinas. Amurat lloró amargamente á su padre, y depositó el féretro con los honores imperiales en la mezquita verde construida para eterno reposo de aquellos restos venerandos.

Amurat II no tenia hermano de bastante edad para hacer titubear á los otomanos en reconocerle como legítimo sucesor de su padre. Mahomet I^o no habia dejado mas que dos niños casi en la cuna; su tío Mustafá, pretendiente al trono vencido y encarcelado en Lemnos bajo la guarda del emperador griego Manuel, podia presentarse, si este le acordaba su libertad, á probar la fidelidad de los otomanos y dividir el imperio en dos dinastías. El pérfido Manuel envió embajadores á Brusa para amenazar á Amurat con esta pretension al trono si el nuevo sultan no le daba prendas y rehenes tomados en su propia familia.

Bayezid-bajá, entónces gran visir, respondió con orgullo á los enviados griegos que las leyes del imperio no admitian jamás que un príncipe educado, alimentado y cautivo entre los infieles, ó falsos creyentes, reinase sobre los otomanos, aun cuando corriese por sus venas la sangre de Bajazet. El imprudente Manuel al recibir esta respuesta mandó á Lemnos al mismo Demetrio Lascaris que habia sal-

vado la vida de Mustafá despues de la derrota de Salónica para abrir las puertas de su calabozo al prisionero, así como á Djuneyd su cómplice y su visir. Libres ya los dos encarcelados firmaron, en pago de su libertad, un tratado forzoso con el emperador de Constantinopla, en cuya virtud Mustafá al subir al trono con el auxilio de los griegos, se comprometia á restituir Galípoli y todas las ciudades del litoral de la Tracia, de la Bithinia y del mar Negro, que antiguamente fueron griegas.

III

Los navíos del emperador griego desembarcaron á Mustafá y á Djuneyd sobre la costa de Tracia, á alguna distancia de Galípoli, para llamar á los otomanos de esta provincia á la causa popular en otro tiempo, del supuesto hijo de Ilderim. Los acontecimientos probaron el acierto de las precauciones tomadas en Andrinópolis por Ibrahim y por Bayezid-bajá para ocultar la muerte de Mahomet I^o, pues aunque los soldados que componian la guarnicion de Galípoli permaneciesen fieles por espíritu militar á la causa de

Amurat II, las poblaciones de la Tracia, ya por obstinacion á la memoria de Ilderim, ya por incredulidad en el juicio y sabiduría de un niño de diez y siete años para quien seria un juguete el imperio, ó ya fascinados por el carácter novelesco de las aventuras de Mustafá, que encuentra simpatías casi siempre, más que la verdad, en la imaginacion pueril de los pueblos, lo cierto es que adoptaron con entusiasmo la causa de Mustafá, tanto que en pocos dias pudo alistar una inmensa muchedumbre de tracios, macedonios, epirotas y habitantes salvajes del monte Athos en las llanuras de Salónica. Todas las ciudades marítimas de este golfo le fueron propicias, y pronto pudo adelantarse á la cabeza de ciento veinte mil hombres hasta las puertas de Galípoli que esta vez se abrieron ante la fama y la corrupcion de Djuneyd. Este traidor, hombre consumado en el arte de preparar y cumplir las traiciones, se engañaba tan pocas veces de partido, que todo el que estaba con él se creía seguro de estar con la fortuna; ese carácter, que solo presenta analogía con algunas grandes figuras de ambiciosos precursores de la suerte, como el conde Shaftesbury en Inglaterra, y el príncipe de Talleyrand en Francia, parecia rivalizar con la volubilidad de los griegos mientras se burlaba con una orgullosa satisfaccion de la sencillez de los otomanos.

IV

Amurat II al ver aquel desmembramiento repentino del imperio, ántes de haberse apoderado de él completamente, reunió en torno suyo el consejo de los ancianos mas experimentados del divan de su padre, con los tres jóvenes visires, hijos de Timurtasch, sus compañeros de guerra y de placeres en Amasia. Estos jóvenes, con la prontitud de decision natural en sus años, instaron al sultan para que pasara á Europa en persona, y que se acordara de que su abuelo tenia por sobrenombre Ilderim (el relámpago). Solo un rayo, dijeron, puede desgarrar esa nube. Amurat se inclinaba tambien á tomar esta resolucíon. Sin embargo, el respeto hácia la autoridad del anciano Ibrahim, prudente hasta lo sumo, y la confianza en Bayezid, guerrero consumado, le hicieron ceder, á pesar suyo, á la opinion de los ancianos del divan, que le representaron que el ponerse en persona á la cabeza de su ejército para combatir una sombra, era dar á la tentativa de un aventurero y de

un intrigante mas gravedad de lo que convenia á los ojos de los otomanos; que además, el triunfo ó la derrota se hallaban siempre pendientes de la mano de Dios, aun en las batallas que parecian ménos dudosas, y que si alguno debia ser vencido en las llanuras de Tracia, no debia tocarle al sultan tan duro golpe.

« La derrota del sultan seria su pérdida, dijo Bayezid-bajá, la derrota de su general y de su ejército, « no será mas que la vergüenza del general y el « fortunio del soldado. »

Amurat hubo de conformarse con esta opinion, quizás mas desacertada que su temeridad lo hubiera sido. Bayezid-bajá tomó el mando del ejército de Asia compuesto de treinta mil hombres, atravesó el Propóntide en buques prestados que los genoveses, dueños del puerto de Fócida, en el golfo de Esmirna, alquilaron al sultan á mucho costo, y se acampó bajo los muros de Galípoli teniendo por delante el innumerable ejército de Mustafá, y á la espalda la guarnicion sublevada de Galípoli mandada por el diestro y valeroso Djuneyd. Esta situacion del campamento de Bayezid-bajá exponia sus tropas al doble soborno del pueblo de la Tracia que en masa se declaraba por Mustafá, y de los soldados de Galípoli, antiguos camaradas de los genizaros, que provocaban desde lo

alto de los muros á sus compañeros de guerra á que imitaran su levantamiento.

De este modo Bayezid-bajá se encontró muy luego impotente para combatir y resistir : si avanzaba contra Mustafá, la guarnicion de Galípoli salia detrás de él y le atacaba á retaguardia y por los flancos, y si permanecia mas tiempo inmóvil, esta inmovilidad probaba su impotencia, y la desercion dieztaba su campamento.

Mustafá guiado por las inspiraciones de Djuneyd, y como podia ganarlo todo sin arriesgar nada, con la audacia, seguia avanzando por la Tracia seguido, no ya de un ejército, sino de todo un pueblo. Su parecido con Bajazet-Ilderim, de quien hablaban los viejos á los jóvenes, la compasion por la suerte de este héroe muerto cautivo de Timur defendiendo á los otomanos contra el azote del Asia, la hermosura varonil de Mustafá, que debia la majestad de un soberano de imperio á la naturaleza ó al artificio, su afabilidad con los campesinos de la Tracia y de la Tesalia, su elocuencia insinuante, sus encarecidas protestas á los soldados, sus largas desgracias, sus aventuras maravillosas ó supuestas, pero que los crédulos otomanos veian marcadas con el dedo de Dios, y por último, el oro y las promesas que el opulento Djuneyd introducía por mil conductos oscuros

en las tiendas de Bayezid, daban á la causa del pretendiente una popularidad rural y soldadesca á un tiempo que todo lo arrastraba ante sus estandartes, aun á los mismos que habian pasado la mar para vencerle. El infortunado Bayezid-bajá, sin poder avanzar con seguridad y sin poder retirarse con honra, contaba todas las mañanas aterrado el número cada dia mas reducido de sus tropas, que pasaban entre las tinieblas de la noche al ejército de su enemigo. Allí donde corre el pueblo corre tambien el ejército, pues todos los ejércitos son pueblo, de origen y de instinto. Bayezid huyendo del contagio se acercó á Andrinópolis, y se acampó en la llanura ó en los pantanos de cañaverales no léjos de esa capital.

V

En breve Mustafá alentado con las aclamaciones unánimes de las ciudades y pueblos que le seguian camino de Andrinópolis, se atrevió á establecer su campamento en frente del de Bayezid-bajá, en la llanura que llaman los turcos Sazlidere.

Así como Napoleón al volver de la isla de Elba se presentó solo y descubierto ante los soldados enviados para combatirle, Mustafá que, en vez de gloria, ostentaba sus infortunios y sus derechos, se adelantó solo entre los dos ejércitos, y arengando con intrepidez á los genízaros de Bayezid, que vacilaban ya entre las dos causas, les desafió á que hirieran en él al hijo de Ilderim, al herido de Angora, á la víctima de Timur, al emperador legítimo y predestinado de los verdaderos otomanos. El soldado que escucha se hace cómplice; los de Bayezid arrastrados por aquellos recuerdos, por aquellos ruegos, por el horror de cometer un sacrilegio contra la sangre de Othman, por la presencia y los gritos de aquella muchedumbre adicta á Mustafá, y que les abría los brazos en vez de mostrarles las armas, lanzaron el mismo grito que la multitud, y rodeando el caballo del pretendiente, le hicieron un solo ejército con ambos campos.

Mustafá mandó encadenar á Bayezid-bajá y á sus generales fieles al jóven Amurat II, por sus propios genízaros, y entró sin combate en Andrinópolis á los gritos del ejército y del pueblo: el palacio del sultan, que llamaba el palacio de sus padres, le abrió sus puertas.

VI

Al día siguiente de esta traición de la mitad de su imperio, Mustafá mandó que llevaran á su presencia á Bayezid-bajá y á su hermano Hamza, cargados de cadenas, y entregó el primero á su enemigo Djuneyd, como si la venganza hubiera sido el premio mejor de la victoria para el corazón de aquel bárbaro astuto. Recordaremos que Bayezid pidió en otro tiempo á Djuneyd la mano de su hija, que Djuneyd se la negó insultándole y se la dió con preferencia á un esclavo albanés que libertó llamado Audulas, y que Bayezid-bajá, usando de una represalia cobarde y feroz, cuando hizo prisionero de guerra en Nimeom á Audulas, le degradó de su virilidad y le alistó entre sus eunucos. Djuneyd tenía que vengar á su hija y á su yerno, y arrastrando á Bayezid al patio del palacio de Andrinópolis, y mandando á los tschauschs que suspendieran el golpe del yatagan sobre su cabeza, dijo burlándose de la víctima ántes del suplicio:

« Es lástima sin embargo, cortar la cabeza á un

« hombre tan diestro para cortar las señales de la virilidad á sus prisioneros. »

La cabeza de Bayezid rodó en el patio de aquel mismo palacio donde su fidelidad y su prudencia restauraron dos veces el imperio. Ya esperaba esta suerte al salir del palacio de Brusa, pues ántes de marchar habia hecho su testamento, y como no tenia hijos, habia legado su inmensa fortuna de quinientos mil *aspros* á Umurbeg, uno de los hijos de Timurtasch, en recompensa, decia el testamento, de su inviolable adhesion al sultan Amurat.

Djunejd no castigó á Hamza-Beg, hermano y teniente de Bayezid, por las injurias que tenia que vengar sobre el último, y dió la libertad al que á su vez debia vengar sobre él la sangre de Bayezid.

VII

Apénas Mustafá se hizo dueño de la mitad del imperio, gracias al odioso auxilio que le prestaron los griegos de Constantinopla, cuando la corte de Bizancio le pidió la ejecucion del tratado en cuya virtud se habia comprometido el pretendiente á res-

tituir Galipoli y todas las ciudades de la costa al imperio bizantino: Mustafá que no habia vacilado en prometerlo todo, no titubeó tampoco en faltar á su promesa. El pueblo y el ejército habrian clamado unánimes contra el nuevo sultan, si este recompensara su sublevacion con un vergonzoso desmembramiento del imperio.

« No reconquisté yo el imperio en provecho del emperador Manuel, » respondió Mustafá, y como Demetrio Lascaris, general de Manuel, le reconviniera en vano por su perfidia, prosiguió en estos términos.

« — Lleva á tu amo sus fropas que ya no necesito; la injuria que sufro de los griegos me dispensa de quedarles agradecido; es cierto que me habeis dado un asilo en Salónica, pero no es lo ménos que despues me disteis un calabozo en Lemnos, de modo que estamos pagados, y en adelante solo obraré como sultan de los otomanos. »

Irritado Manuel, despues de haber fomentado la insurreccion de Mustafá contra Amurat, trató de fomentar la venganza de Amurat contra Mustafá, y envió á Demetrio Lascaris á Brusa para coligarse, tambien pérfidamente, con uno de los sultanes contra el otro. La corte de Bizancio no se sostenia ya en Constantinopla sino arrojándose alternativamente

como un peso de mala ley en la balanza de todas las ambiciones que despuntaban entre los otomanos, y de este modo se preparaba para muy en breve el odio y la venganza de las dos causas que con la misma impudencia servia hoy y vendia mañana. Este gobierno, falto ya de toda virtud, vivia únicamente de sus vicios; su muerte no podia tardar, y estaba justificada de antemano por sus perversidades con respecto á sus vecinos.

VIII

Sea que un largo cautiverio hubiese enervado el alma del afortunado Mustafá, ó sea que, como todo advenedizo, quisiera apresurarse á disfrutar de un trono arrebatado por la astucia, lo cierto es que se aletargó prontamente en Andrinópolis en las delicias de los palacios, de los jardines y de los harenes de su corte. Para hacerse adictas las tropas irregulares de los aldeanos y de los pastores, cuya afluencia le habia conquistado el trono, señaló por primera vez á estos voluntarios, bajo el nombre de *mossellimanes* (hombres exentos del servicio ordinario), un sueldo

de cincuenta aspros diarios, oponiendo de este modo á los genizaros privilegio contra privilegio.

Djunejd que no encontraba ya en él la energía, presagio de la duracion de su reinado, y que no queria servir mucho tiempo sino á los hombres diestros y afortunados, se propuso vanamente arrancar á su nuevo amo á las seducciones de Andrinópolis, y quiso hacerle acabar la conquista de Asia, donde esperaba recoger para sí, su principado de Esmirna. Desalentado de todos sus esfuerzos, y trasluciendo con ojos perspicaces la incapacidad de Mustafá, Djunejd intentó sordamente obtener el perdon de tantas traiciones por medio de otra traicion mas sorprendente. Por la larga experiencia que habia hecho con Soliman, con Musa, con Mahomet I, y aun con Mustafá, sabia que no se niega nada al hombre que ofrece un imperio. Envió pues emisarios secretos á Ibrahim, visir de Amurat II, para proponerle el dejar entregado á Mustafá á su suerte inevitable, y la restitucion de Andrinópolis al hijo de Mahomet I, si el hijo de Mahomet queria á su vez restituirle á él sus principados hereditarios é independientes de Esmirna, de Tira, de Nimfeon y de los valles mas hermosos de la Jonia. Amurat, no podia vacilar en comprar á este precio un auxiliar tan útil á sus amigos, como perjudicial para sus contrarios, y prometió

todo esto á Djuneyd, quien á su vez ratificó tambien lo prometido.

IX

Sin embargo, para arrastrar á Mustafá con mayor rapidez hácia su suerte, era preciso arrancarle del palacio de Andrinópolis, donde no podria atacarle Amurat II sin levantar en su contra á todas las provincias que defenderian en Mustafá su propia hechura. Djuneyd llevó á Mustafá al Asia bajo pretexto de acabar allí la restauracion del imperio, arrojando á Amurat de la capital verdadera.

Mustafá seguido de un numeroso ejército que se componia de aldeanos indisciplinados, atravesó el Propontide en unas galeras que tomó prestadas á los venecianos, desembarcó en Lampsaque y se esparció en la vasta llanura que domina el monte Olimpo, y que riega el rio Rhyndacus, hoy el rio Ulubad.

Al aspecto de esta innumerable muchedumbre cuyas hogueras cubrian por la noche la llanura de Lampsaque, Amurat tembló un momento por su capital, pero animado en breve por las confidencias de

su visir Ibrahim sobre la traicion premeditada de Djuneyd, y por la intrepidez del corto número de los valientes compañeros de su juventud, que habian permanecido siempre fieles á su fortuna, salió de Brusa con solo veinte mil combatientes escogidos, y cubriendo su frente con las ondas del Rhyndacus, á la sazón crecidas por las lluvias, apoyada su ala izquierda sobre los bosques impenetrables del monte Olimpo, y su ala derecha al abrigo de un pantano lleno por las aguas sobrantes del rio, esperó las maniobras lentas y dificultosas que habian de intentar los generales de Mustafá para atacarle en aquellas fortificaciones naturales. No podian acercarse á sus tropas sin ir á buscar en los costados del monte Olimpo unos senderos sólidos, pero estrechos, donde pocos hombres valen lo que muchos.

Mustafá, desconcertado por esa posicion, y sin poder dirigir ni contener las masas de aldeanos que ardian en deseos de pasar la llanura, permanecia inmóvil, esperando que el rio volviera á entrar en su madre, y abriese caminos ó vados á sus tropas. En torno suyo respiraba la traicion y no podia ni se atrevia á desenmascararla y castigarla. Ibrahim, el visir de Amurat, mientras trataba de la pérdida de Mustafá con Djuneyd, habia enterado por falsas confidencias á Mustafá del contenido de las cartas en

que se revelaba á medias la infidelidad de Djuneyd. Estos dos cómplices, desconfiados y necesarios uno á otro, se observaban en silencio sin revelarse sus sospechas, y su desconfianza mutua paralizaba ó neutralizaba todos los planes de ataque. Mustafá veía lazos armados hasta en las victorias que le prometían. De este modo se hallaba muerto todo en sus campamento, cuando un golpe profundamente diestro del gran visir de Amurat, aseguró á su amo una victoria casi sin combate.

X

El gefe feudal de una tribu numerosa de los Balkanes llamado Mikhal-Oghli, que ejercía sobre los habitantes de esa provincia de Europa el mismo ascendiente hereditario que tuvieron los Caraman en el Tauro, habia sido hecho prisionero por Mahomet I padre del joven sultan, en una insurreccion de este vasallo, y desde aquella época vivia encerrado en la fortaleza asiática de Tokat. Ibrahim que conocia la popularidad de ese valeroso gefe de aldeanos sobre las tribus turcas de la Europa, dió la libertad á Mik-

hal-Oghli y le llamó al campo de Amurat. El anciano visir sabia que las avanzadas del ejército de Mustafá se componian en gran parte de aldeanos del Balkan.

En una noche oscura, mientras los campesinos de Mikhal-Oghli sentados á la lumbre sobre la orilla opuesta del Rhyndacus, hablaban casualmente entre sí del largo cautiverio de su gefe, y sentian que no estuviese con ellos á la cabeza de sus ayames para guiarles á la victoria, el mismo Mikhal-Oghli adelantándose á caballo hasta las ondas del Rhyndacus, y reconociendo las hogueras de sus antiguos vasallos, lanzó un grito formidable, que resonando en la noche de una orilla á otra, fué reconocido por los akindjis como el grito de guerra inimitable de Mikhal-Oghli, cuya voz sonora y vibrante era muy célebre por su extension en las tribus de los Balkanes.

«¿ Eres tú, Mikhal-Oghli, ó es tu sombra? dijeron
« los akindjis.

« — Soy yo en persona, respondió el gefe; yo libre
« y á las órdenes del verdadero sultan, que vengo á
« combatir con mis hijos y mis hermanos por la
« causa de la patria, contra un miserable aventurero
« que la desgarró engañándoos á vosotros; ¿ dispa-
« raréis vuestras flechas contra el seno de vuestro
« bey? »

A esta voz, á estas palabras, al ruido de los pasos del caballo de Mikhal-Oghli en el agua del rio, los akindjis se llaman, se ponen de acuerdo, desbandados corren á sus caballos, se precipitan á nado en las ondas del rio para abrazar á su gefe querido, y pasan con él, en número de diez mil, al campamento de Amurat. Los árabes, otras tropas auxiliares de Mustafá, queriendo á la otra mañana, perseguir y castigar á los akindjis, vadean el rio junto á las cuestas del monte Olimpo.

Dos mil genizaros, apostados por Umur-Beg, hijo de Timurtasch, se descubren, se lanzan al galope detrás de Umur-Beg, y sorprenden y hacen morir ahogados á los cinco mil árabes en las ondas del Rhyndacus. Tan baratos estuvieron los prisioneros aquel dia en el campamento de Amurat, que un genizaro vendió dos por una cabeza de carnero; de aquí nació el despreciativo proverbio de los genizaros contra los árabes, tropas rivales, y los ódios que ensangrentaron hasta el advenimiento de Mohamed, las rivalidades de esos dos cuerpos privilegiados del ejército.

XI

En la noche siguiente Djuneyd que habia creido descubrir durante el dia algunas señales de desconfianza en el rostro de Mustafá, y que temia que una traicion se adelantara á otra, salió en silencio de sus tiendas con sesenta hombres montados, de su casa, que llevaban sus tesoros, y se marchó á tiempo por el camino de Aidin. Esta fuga que se hizo notoria por el dia, les pareció á los soldados europeos de Mustafá, la fuga de la fortuna, y un terror pánico se esparció entre aquella muchedumbre que no veia bastante espacio en la llanura para su derrota infalible. En vano los soldados de Amurat les gritaban que se pararan y se confundieran en las filas como otomanos, pues ellos se creian perseguidos por la voz de Mikhal-Oghli, y por las perfidias de Djuneyd. El mismo Mustafá, abandonado de todos sus soldados y seguido solo por sus pajes, echó á galope hácia Lampsaque, y arrojándose en una lancha de pescadores volvió á pasar solo aquella mar que acababa de atravesar con cien mil soldados.

XII

Amurat II le siguió de cerca á Lampsaque, y queriendo llegar ántes que él á Andrinópolis, imploró á toda costa un buque de los genoveses para que le llevara á la otra orilla con un puñado de sus valientes compañeros. Adorno, noble genovés, comandante de Fócida que se hallaba con algunas de sus galeras en las aguas de Lampsaque, dió en esta ocasión un ejemplo memorable del genio cerrado y lucrativo de los mercaderes genoveses; embarcó á precio de oro al sultan con trescientos pajes á bordo de su galera, mandó que le siguieran á él otras galeras armadas, y cuando estuvo en alta mar en medio del estrecho, á igual distancia de Asia que de Europa, y dueño absoluto de la suerte de Amurat, le dijo estas palabras echándose á sus piés, pero mostrándole con un ademan los cañones de sus galeras á guisa de amenaza.

« Sultan, perdonad á la república de Génova los
« atrasos de veinte mil ducados de oro que os debe
« por el arrendamiento de las minas de alumbre de

« ia montaña de Fócida, y el tributo que impusisteis
« por esa explotación, sin lo cual os volveremos á la
« costa de Asia, y perdereis la mitad de un imperio.»

El sultan se sonrió, y despreciando al mercader, firmó sin violencia la exención del tributo. Los turcos combatian por la gloria y el imperio; los ragusinos, los venecianos y los genoveses combatian únicamente por la riqueza. Estas dos razas no podian comprenderse; el comercio que enriquece á los pueblos, rebaja el móvil de la ambicion humana.

XIII

Sin embargo, Adorno, fiel á la probidad, ese genio tambien del comercio floreciente, negó al otro dia á Mustafá el vender al sultan Amurat II. Desde lo alto de las torres de Galípoli donde se habia refugiado Mustafá huyendo de Lampsaque, este otro sultan medio destronado contemplaba la mar cubierta de buques genoveses que traian á Europa al ejército de su enemigo Amurat II. Mustafá mandó ofrecer á Adorno todos los tesoros acumulados en la fortaleza de Galípoli, si queria volver al enemigo á la costa de

Asia, pero Adorno no quiso los tesoros por cumplir su palabra al sultan embarcado en sus galeras.

Apénas el sultan vencedor hubo reunido tres mil genizaros bajo los muros de Galípoli, cuando se presentó á las puertas cubierto únicamente por la nube de flechas que sus trescientos pajes lanzaban á las murallas. Solo el aspecto de Amurat bastó para poner en fuga por todas las puertas que daban á la llanura de Tracia, á los restos acobardados de las huestes de Mustafá, y este sultan apénas tuvo tiempo para adelantarlos á la ciudad de Andrinópolis, donde reunió á toda prisa sus tesoros, los cargó en mulas y siguió huyendo hácia el monte Hemus, prometiéndose hallar un amigo y un vengador en el príncipe de Servia.

Amurat, mas pronto en perseguir que Mustafá, cargado con sus riquezas, lo estaba en escaparse, atravesó Andrinópolis sin detenerse, mandó montar á sus ginetes en caballos de refresco abandonados por Mustafá, y le alcanzó en Yenidje, aldea de las montañas á una jornada de la capital. La comitiva de Mustafá se dispersó al acercarse de repente los ginetes turcos y abandonó á su amo á su destino. Mustafá solo tuvo tiempo para meterse en una garganta del monte Togan, que cubre con sus bosques la madre del torrente del Tudja, donde se escondió entre las raices

de una encina, que se mojaban en las ondas. Un ademán silencioso de uno de sus esclavos reveló el lugar de su escondite al sultan Amurat, que le sacó de allí con sus propias manos, como si un sultan no pudiera ser encadenado sino por otro de su misma gerarquía.

Amurat llevó al emperador apócrifo, cargado de hierros y de maldiciones, á la ciudad de Andrinópolis, á beneficio de aquel mismo pueblo de aldeanos que se habia levantado en masa pocos dias antes para colocar á aquel aventurero, querido de su imaginacion, sobre dos tronos. Amurat, para dar un buen testimonio de su muerte á las incrédulas poblaciones del monte Hemus, mandó alzar una horea en la torre mas elevada de las murallas de Andrinópolis, hizo colgar en ella á su rival, y dejó flotar su cadáver en los aires que se columpió por efecto de sus cadenas, hasta que las águilas y los cuervos del monte Hemus despedazaron al sultan de Andrinópolis y dejaron desnudos sus huesos.

XIV

Sin perder tiempo para su venganza, Amurat II despues de haber consolidado su trono en Andrinó-